

Los mega-textos o la patética

Benjamín Galemiri

Dramaturgo chileno



Foto Prensa UC.

El neo-proceso, de B. Galemiri. TEUC 2006. Dirección: Paly García. En escena: Marcial Tagle, Pablo Valledor y Luis Dubó.

En París, una atractiva y muy conocida editora de una gran transnacional me preguntó de dónde venía esta obsesión escritural por adjetivar y la grandilocuencia narrativa en mis escritos.

Ella tenía entre sus manos la edición francesa de **Infamante Électre**. Quise largarme con un discurso pomposo y afectado para impresionarla, como siempre sucede cuando me enfrento a una mujer inteligente, pero decidí por una vez en mi vida decir la verdad, nada más que la verdad.

Sutilmente emocionado recordé la sed bíblica que alimentó mi infancia: proviniendo de una tradicional

familia judía sefardí, el estudio del Antiguo Testamento era manantial obligado al desayuno, al almuerzo y a la comida.

Esas hiperbólicas historias cargadas de sexo, humor, absurdo, misterio, elevación y ambición religiosas envenenaron dulcemente mi infancia, con mares abriéndose al paso del Pueblo Elegido, zarzas ardiendo en señal de presencia Divina, plagas horribles y no por eso menos cómicas castigando a los paganos, pero sobre todo, hipnotizado por el lenguaje manierista, hechizante y de altísimo vuelo poético de los profetas de la Biblia.

Me encontré por cierto con mi primer profeta en la figura de mi

padre, falso aunque también adorado Mesías, capaz de hacer creer que un asesino era una mansa paloma como abogado defensor, o como juez del crimen disectando las leyes más temerarias, que caían sobre los acusados como verdaderos rayos de furia de los tiempos por todos los tiempos.

A través de mi infancia, mi adolescencia y juventud, nunca dejé de admirar secretamente a los grandes parlanchines y contenedores del mundo en la verbalidad y el ejercicio del adjetivo, a veces simples ciudadanos, otras, grandes escritores como Borges, el Rey Salomón, Albert Cohen, Eurípides, Woody Allen, Bob Dylan, Glauber Rocha, Federico Fe-

Búsqueda de mega-gloria

llini, Godard, todos embebidos de un amor desmesurado por los grandes relatos de todos los tiempos, figuras clásicas antes de nacer.

Yo quise ser un clásico desde los cinco años. Para ser un clásico había que armarse hasta los dientes en el dominio de los mega-relatos o historias-ríos, como dirían mis queridos eruditos franceses.

Narraciones enrevesadas y laberínticas, donde el adjetivo marcaba el imperio de las pasiones, y por ese camino se llegaba a los grandes poetas como Neruda, Huidobro,

salir del anonimato para paliar mis culpas y fallas existenciales.

Fuera Molière, Racine, Walt Whitman, Ionesco, Arrabal o Fellini, Antonioni, Godard, Albert Cohen, Elías Canetti, Bashevis Singer, todas mis predilecciones escriturales o cinematográficas partían de autores apegados a los grandes relatos de todos los tiempos, con un potente mundo moral que atravesaba la modernidad y la antigüedad, y se dejaban escapar los Edipos que penetran a todos los personajes masculinos de mis obras. Vivimos en un continente de Edipos

pen todas las ataduras, se extinguen las cárceles y se derriban muros y fortalezas: el del lenguaje.

La idea de que aún estamos viviendo épocas bíblicas y que cada uno de nuestros actos tiene una significación sagrada o mítica me envuelve hasta el día de hoy y, al escribir mis obras teatrales, es en el mundo en quien estoy pensando, siempre manteniendo como base a los megatextos, como ahora a Franz Kafka, que para mí, como lo he dicho muchas veces, era un escritor chileno, seguramente nacido en Lumaco, que describía muy bien la burocracia del lenguaje.

El lenguaje de los profetas puede ser hoy imaginando un mundo imposible, complejo y absurdo al mismo tiempo, donde la fantasía desbordada y letal cubre el perímetro de nuestra condición humana.

Regar ese apabullante bosque o desierto llamado *lenguaje* es la vocación principal de mis obras, y también la de los grandes relatos de todos los tiempos, principal amigo de **Las mil y una noches**, de **La Ilíada**, de **La guía de los perplejos**, del **Libro del esplendor** y de todas las más maravillosas mentiras que nuestros antepasados nos han transmitido para escapar a la muerte.

Para eludir el fin de nuestros días, necesitamos una catedral de palabras, invenciones y futurología, y yo escribo para escapar a ese proyecto fatal.

Vivimos en un continente de Edipos fracasados y banales -yo soy uno de los paradigmas más ridículos-...

Lihn, Parra, Mistral, fantásticos mentirosos que mitigaron los dolores de todo un continente con sus dotes escriturales.

Desde que escribí mi primera obra teatral a los 17 años, **Escaparate**, yo ambicionaba el mundo, la historia sistémica que hiciera eco en Alemania, Francia, Oriente y Chile.

El mundo no era suficiente, y mi deseo de universalidad siempre fue algo natural en mi escritura, seguramente producto de mi educación francesa, pero también del deseo de

fracasados y banales -yo soy uno de los paradigmas más ridículos-, pero también vivimos en una América marcada por la contradicción de Electra, extraordinario complejo freudiano que siempre habita a las personajes mujeres de mis obras, valientes pero avallasadoras hembras que asustan y fascinan a las actrices parisinas.

Debajo de todas mis hiper narraciones está por cierto el territorio donde soy libre finalmente y se rom-

Pero también, para ser amado por todas las mujeres del mundo.

Esa búsqueda de amor insaciable, insana y hartó cómica, no puede sino estar levantada en un territorio plagado de millones de palabras que aturden la conciencia femenina.

Para mí, que veo a las mujeres como semidiosas, la única manera de dominarlas es a través de la construcción de exquisitos y malditos dispositivos de lenguajes que hablan a su vez miles de lenguajes, que se citan a sí mismos, y que se entierran al final una daga que es la capa más profunda de la palabra nunca dicha, nunca pronunciada.

Mi propia y desesperada búsqueda de amor es también mi búsqueda de la obra que acabe con todas las preguntas que acechan la conciencia del ser humano sin tregua. Es poder escribir aquella obra que encante a todo el mundo y que detenga ese tráfigo malvado de pensamientos, y que traiga una especie de paz moral inma-

nejable, como un maremoto verbal, y que dejara a hombres y mujeres en un estado extático propio de los místicos.

Esta sería la clave de mi escritura: la palabra que se carga de miles de adjetivos y sinónimos, tratando de dar con un significado que al final no llega a su objetivo y se extravía en el camino.

El *Ulises* de James Joyce, por ejemplo, que a mí me parece la novela más divertida de la historia de la humanidad, es el tipo de banquete que me place disfrutar y tener como modelo.

Me gustan las historias generosas, derrochadoras, desbordadas, mentirosas, las estructuras mesiánicas, en donde cabe el delirio y la grandeza aunque también la caída.

La caída que es uno de los temas fundamentales de mi escritura es también un tema propio de los mega-textos, el

deseo de éxito y el horror al fracaso que enmascaramos justamente con un aparatoso sistema de palabras inconducentes y mareadoras.

Pero la verdadera fuente de todas las fuentes de donde bebe mi escritura es la *Kabbalah* judía, misterio que encierra la llave de las llaves y que está destinado a responder a la pregunta de la creación.

Este gran libro en crisis llamado *El libro del esplendor*, o la *Kabbalah*, está subsumido en todas mis escrituras, que aspiran a lo mismo a que aspiraban los cabalistas o místicos judíos y cristianos liberales: la transliteración de las palabras. Porque el inmenso libro de todos los libros es aquel que cada vez tiene un significado diferente o miles de significados; eso quiere decir que son las palabras las que se mueven eternamente a través de los siglos de los siglos, y, ya que no hay progreso



El neo-proceso, de B. Galemiri.
Dirección: Paly García. TEUC 2006.
En escena: Marcial Tagle y Manuela Oyarzún.

Mis obras aspiran patéticamente a lo mismo, a ser escrituras proféticas en constante movimiento, sin ninguna explicación y con todas las explicaciones a un mismo tiempo.

moral entre los seres humanos, la obra que queda escrita deberá tener un motor inmóvil que haga cambiar los significados a través de los siglos en forma autónoma e independiente del lector.

Mis obras aspiran patéticamente a lo mismo, a ser escrituras proféticas en constante movimiento, sin ninguna explicación y con todas las explicaciones a un mismo tiempo.

Obras monistas, donde estarían resueltas todas las preguntas más lacerantes pero al mismo tiempo donde estarían desvanecidas las respuestas.

La pregunta más común entre los cabalistas es: ¿por qué Dios hizo el Mundo?

¿Qué había antes de la Creación?

¿Por qué Dios se echó a un lado para que pudiera haber creación?

No había sitio para Dios y la Creación.

Todas esas preguntas y otras intentan estar en mis escritos, y sin duda están en las obras que he admirado siempre.

Debajo de cada muerte hay una culpa, dijo un gran cabalista español.

El talento sin compasión no vale nada, dijo el más grande cabalista de todos los tiempos.



El neo-proceso, de B. Galemiri.
Dirección: Paly García. TEUC 2006.
Elenco completo: adelante, Marcial Tagle,
Viviana Nass y María Paz Grandjean.

Estas frases obsesionaron mi infancia y la siguen enfervorizando ahora a los 48 años, y me doy cuenta que todos los grandes escritos y mega-relatos, incluido **El capital** de Marx, no son más que fantasías e ilusiones para eludir la idea de la finitud humana.

Mis obras aspiran a ese ideal sagrado y profano al mismo tiempo. Mis carcajadas en mis propias obras teatrales son tanto a la frágil función del arte en el mundo como al reconocimiento del patetismo de mi condición humana.

Toda escritura esconde una culpa.

También en París, una experta en literatura observó la capa religiosa de mis obras, y la asoció a las escrituras del deseo, a las que adhiero, y que tienen que ver con la obsesión de los mega-relatos. Todas mis obras son obras de aliento espiritual o religioso. **Jethro o los principios de la fe** es la abominación de una familia que no puede salvarse si no es con la risa de Dios; **Los principios de la fe** es la paroxística odisea moral de un grupo de renovados que no encuentran bienestar moral en nada nunca y sólo la desnudez de la caída ante Dios les da una gota de esperanza. Y, sobre todo, **Infamante Electra**, que es el deseo de fundirse en el universo místico como única fórmula de sanación final a los agravios del amor, a las tardanzas de la justicia, a la melancolía que ronda a las mujeres y al deseo abrumador y fatigante de ser comprendido a toda costa, que perpetúa al hombre en un triste esclavo de su destino

Finalmente, este deseo de reconocimiento que llevo dentro desde que mi padre me reveló que me amaba cuando me destacaba en algo, y que se acrecentó cuando él murió y me dejó con la misión de sobresalir, esconde un narcisismo desbordante, una egolatría infantil inconmensurable, pero también un deseo de eternidad imposible.

En Francia, Fernando Arrabal, que fue quien inspiró mis primeras obras y todas, hizo el prólogo de **Infamante Electra**. El día del lan-

zamiento de mi libro en París, ver a Arrabal hablar de mi dramaturgia con ese amor de padre y con ese entusiasmo de un muchacho de veinte años, me hizo recordar la rabiosa promesa hecha a mi padre y a mi hermano, sean benditos por los siglos de los siglos, de elevar el apellido Galemiri hacia Dios.

Al alcanzar la gloria, bochornoso sentimiento provinciano, invoco a mi padre y a mi hermano, y de paso, gano la portada de Libération.

Mi ego no se detiene.

El día que se detenga no escribiré más, pero no temo, la vida es muy corta como para vaciar mi inmenso y patético ego.

Pero sobre todo no temo, porque la idolatría a los grandes textos de todos los tiempos alimentarán mi fantasía traiguenina hasta la última gota de mi última obra antes del final.

Escribiré, escribiré las grandes historias que se han contado miles de veces, pero con toda mi furia y mi candor al mismo tiempo. ●

Escribiré, escribiré las grandes historias que se han contado miles de veces, pero con toda mi furia y mi candor al mismo tiempo.

El neo-proceso de B. Galemiri. Dirección: Paly García. En escena: elenco completo. Adelante: Viviana Nass, Marcial Tagle y María Paz Grandjean.

